

ques maestros que constituyen el secreto de los grandes pintores.

—¡Que si me lo parece! exclamó el sacristán asiendo del brazo al artista para interrumpirle a tiempo si era posible; más que parecémelo, estoy seguro de ello.

—Pues se equivoca usted, dijo Adán desasiendo el brazo y ensayando continuar su obra.

—Esto se lo contará usted á su abuela, repuso fra Bracalone asiendo de nuevo el brazo del culpado; y para que usted vea que no me equivoco, ahí está mi asno que, de poder hablar, estoy seguro diría que me conoce.

El rucio, cual si hubiese querido hacer buenas las palabras de su amo, se puso á rebuznar con todas sus fuerzas.

—¿Lo ve usted? continuó el sacristán; y eso que no se lo he hecho decir.

—Pues bien, mejor, replicó el anciano haciendo un esfuerzo que le devolvió el uso del miembro cautivo; siempre se ha puesto en tela de juicio el parecido de mis figuras, y usted el primero; ahí cómo responde y se venga el ingenio.

—Pero, en fin, continuó el sacristán cada vez más alarmado, ¿qué se propone usted al hacer esta pintura?

—Lo más material del mundo, lo confieso, respondió Adán; como el quemar difuntos no me produce ya absolutamente nada, en adelante voy á tostar á los vivos; tal vez así saque algún provecho. Por lo demás, no se queje usted, fra Bracalone, porque así como le he metido en el purgatorio, pudiera haberle metido en el infierno, una vez en el cual, como usted sabe, no hay misas ni limosnas que le saquen á uno.

—Es verdad, repuso el sacristán, que conocía la solidez de semejante argumento y, por consiguiente, empezaba á hallar la situación menos mala que pudo ser. Y dígame usted, amigo mío, ¿no existiría modo de componernos?

—¡Ya lo creo! respondió el artista, y de tal suerte, que estoy seguro de que dentro de quince días se encontrará usted en el cielo. Le quieren á usted demasiado los campesinos del contorno para que le dejen por mucho tiempo en situación tan cruel, y así lo cree usted seguramente, ¿no es cierto?

Al pronunciar Adán estas palabras, de una sola pincelada torció la boca del paciente de modo que no quedase duda alguna respecto de la intensidad de sus dolores. Fra Bracalone, al verlo, se estremeció desde las uñas de los pies á la raíz del cabello, y aun le pareció experimentar todos los martirios de que presenciaba la representación imaginaria.

—Sí, repuso el pobre sacristán tras un instante de silencio; pero ¿usted cree que después de haberme visto en el purgatorio y sacádome de él, van á respetarme y á venerarme como hasta ahora? Hable usted conforme le dicte la conciencia, maestro.

—¡Demontre! respondió Adán haciendo rodar con el cabo de su pincel una lágrima por la contraída mejilla del alma en pena, no existe en la tierra quien esté seguro de su salvación, hermano, y el papa mismo, con todo y ser quien abre las puertas del cielo á los demás, cuando se trata de su individuo se ve obligado á entregar las llaves á su sucesor. Por lo demás, abreviaré la prueba tanto cuanto me sea posible; desde mañana voy á empezar la cuestación.

—Pero ¿usted no ve, se aventuró á decir con voz tímida fra Bracalone, que, sin recurrir á los otros, los dos podríamos arreglar este negocio?

—Dificilillo me parece, respondió el anciano moviendo la cabeza; no hay modo de sacar un alma del purgatorio sino á fuerza de misas y de limosnas.

—Cuanto á las misas corren de mi cuenta, repuso el sacristán, que veía con placer que la madeja iba desenredándose; yo las tocaré y el prior las dirá por costumbre, sin preguntar siquiera á la intención de quien las dice.

—Quedarán pendientes las limosnas, en las que quiero participar, continuó el artista, y una de las reglas de la orden de usted, fra Bracalone, prohíbe comprar y vender por oro ó plata el objeto más insignificante. Ya ve usted que el negocio está muy lejos de poderse acomodar.

—¿Por qué? arguyó el sacristán, dando á la contestación la misma vivacidad que su antagonista empleaba en el ataque; cierto es que no podemos traficar en oro ó plata; pero en cambio tenemos á la mano dar otras cosas mucho más preciosas.

—Y ¿me hace usted el favor de decirme cuáles son esas cosas? preguntó Adán interrumpiendo por la primera vez su trabajo.

—Usted tiene una hija hermosa.

—¿Mi Gelsomina? ¡Ya lo creo! es un ángel.

—¿Está en edad de maridar?

—Por la festividad de la Virgen va á cumplir los diez y seis.

—Pues rezaremos gratis por ella la misa de bodas.

—Algo es algo; pero no basta.

—¿No tiene usted un hijo soldado?

—Es decir, cabo.

—Lo mismo da: no se trata de graduación, sino de profesión; en el oficio que ejerce se corre grandísimo peligro de perder el alma, atento á que más tiempo se pasa en la taberna que no en el templo del Señor.

—Es verdad, y eso me tiene en espinas.

—Pues bien, le concederemos indulgencias suficientes para que siempre esté en estado de gracia.

—No deja de ser tentador, y ¿después?

—Usted ya no es joven, maestro.

—Tengo unos cincuenta y cinco años.

—Edad en que no se puede ya contar con una vida muy larga.

—Los días de los hombres están contados de antemano por el Señor.

—Verdaderamente: por tanto, puede usted morir de un momento á otro.

—¿Y qué?

—Que le amortajaré á usted en un hábito bendecido, encenderé seis cirios alrededor de su ataúd y le velaré personalmente, lo que no hago por nadie.

—Este último ofrecimiento me decide, dijo Adán fingiendo no poder resistir más á las seductivas proposiciones del sacristán; pero como en lugar de ir á proveer, conforme me lo ha recomendado mi esposa, me he distraído pintando esta pared, y ahora es demasiado tarde para reparar mi falta, sobre lo estipulado va usted á darme la mitad de la carga que trae el rucio.

—No reñiremos por eso, exclamó con vivacidad fra Bracalone, satisfecho de salir del purgatorio á tan poca costa; y aun le concedo á usted el derecho de elección.

—Conque ¿quedamos de acuerdo? preguntó el artista tendiendo la mano á su interlocutor.

—Tome usted la carga entera, respondió en su entusiasmo el sacristán.

—Ea, dijo para sí el pintor, dando un suspiro y borrando el casi terminado fresco, otra obra maestra perdida; pero mi hija tendrá con qué cenar.

IV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARCO BRANDI

—Toma, mujer, dijo Adán al entrar en su casa, se me ha olvidado dejarte dinero para ir á la compra, y

ahí te traigo provisiones: á ver si nos preparas una buena cena en obsequio de nuestro hijo, que de un momento á otro va á llegar como una bala rasa.

—¿De un momento á otro? repitió la buena Babilana, ¡pobre hijo de mi corazón!

—¿Conque ¿has recibido carta de mi hermano? preguntó saliendo de un cuartito una joven que vino saltando á echar los brazos al cuello del anciano.

—Sí, Niná; sí, hija mía, respondió Adán; he recibido carta.

—Á ver, á ver, exclamó la muchacha.

El pintor hizo como que se registraba los bolsillos.

—¿Qué apostamos á que la has perdido? repuso la mimada Niná, golpeando el suelo con el pie. Siempre eres el mismo.

—No me regañes, hijita, dijo el anciano; no es culpa mía.

—Pero, vamos á ver, ¿cuándo llega?

—De fijo no puedo decírtelo; se me ha olvidado el día.

—¿Que se te ha olvidado el día? ¡Pues no faltaba sino eso! Ea, no te doy beso alguno.

—¿Así me agradeces el que haya andado ocho leguas para proporcionarte noticias?

—Perdóname, padre, dijo la doncella, echando por segunda vez los brazos al cuello del anciano; soy mala, pero te quiero mucho.

Adán cogió entre las manos la cabeza de Niná, se puso á llorar de alegría contemplándola, y dijo:

—¿Y ¿no te quiero yo por ventura? ¡Ay! nunca sabrás lo que me cuestas. Hoy había pintado yo mi más hermoso cuadro... Pero, no hablemos de ello.

—Y ¿qué ha sucedido?

—Nada; ve á ayudar á tu madre; ve, que siento hambre y aguardo ansioso la cena.

¿Qué de extraño que así fuese, si el buen anciano no había comido desde la vispera?

La muchacha se dirigió corriendo á ayudar á su

madre, sin preguntar siquiera al maestro Adán cómo adquiriera tan exquisitas provisiones, que no parecían sino escogidas para la mesa de un cardenal; y es que Gelsomina se encontraba en la edad en que todavía imaginamos que la naturaleza provee maternalmente á las necesidades del hombre, en que estamos convencidos de que la dicha brota y florece espontáneamente, como las margaritas de los prados. Cuanto al pintor, fué á sentarse en la azotea que miraba á su jardinillo y dominaba la playa.

Entre tanto el sol, que durante todo el día había girado en medio de un mar de azul, se ponía al occidente acompañado de oleadas de cobrizas nubes sobre las cuales resaltaba el Stromboli, cual azulado como empenachado de llamas. Al mediodía y parecida á una cinta tendida á flor de agua, se extendía la costa de Sicilia, más allá de la cual aparecía una mole inmensa de vapores, el Etna; y por último, al norte, el horizonte estaba cerrado por las costas de la Calabria, que se doblan graciosamente para formar el cabo Vaticano. El mar, en el que el sol empezaba á apagar el borde inferior de su disco, semejaba de fuego, y por sus olas se deslizaban, ávidas de lograr el puerto de Satina ó el golfo de Santa Eufemia, algunas barcas rezagadas y temerosas, que ojos menos expertos que los de aquella población marítima pudieran haber tomado, gracias á su vela triangular, por una bandada de gaviotas en demanda de su nido. Y es que todo anunciaba que la borrasca no aguardaba sino la ausencia del sol para señorearse á su vez de la naturaleza. Además, el astro del día parecía sumergirse de mala gana en el mar, y abandonar por la fuerza su imperio, que, semejante á un soberano que abdica, dejaba en las garras de la tempestad. Tan maravillosa era la perspectiva, que Adán, por más que hubiese tenido ocasión de presenciarla repetidas veces, no podía verla de nuevo sin extasiarse en ella.

Absorto estaba nuestro pintor en la contemplación

más profunda, cuando sintió un golpecito en el hombro; pero adivinando que quien le tocara era su hija, sin volver el rostro, dijo con entusiasmo:

—¿No es verdad, Gelsomina, que es magnífico?

—¡Cómo! respondió la joven, ¿á un tiempo de perros como este que nos amenaza con una tempestad lo apellidas tú magnífico?

—¡Mira qué admirables tintas, qué colores más puros, qué tonos más atrevidos!

—Sí, mira cómo las barcas se apresuran á refugiarse. ¡Ay! no llegarán, no, todas á tiempo, y los hombres que las tripulan tienen hijas que les están aguardando.

—Tienes razón; mira, suena el toque del *Ave María*: ruega por los que se encuentran en el mar.

La joven se arrodilló, y con voz suave, entre hablada y cantada, moduló la *Salutación angélica*. Por lo que hace al anciano, se había quitado el casquete griego, y en pie, con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo, parecía como si con la mirada escudriñase el espacio para espiar si veía algún ángel que recogiese en los aires las palabras de su hija, llevadas por las primeras bocanadas del viento.

Cuando terminada la oración, Gelsomina hizo ademán de levantarse, su padre la retuvo, diciéndola:

—Te olvidas de algo.

—¿De qué, padre?

—Has orado por los marinos, pero ahora te toca hacerlo por los viajeros. Durante la tormenta, tan peligrosa es la montaña como el mar; y ¿quién sabe si tu hermano debe venir por mar ó por la montaña?

—Es verdad, padre, me había olvidado del pobre Bombarda, respondió Gelsomina anudando su pliegaria.

Esta vez Adán no se contentó con seguir mentalmente, sino que la acompañó en voz alta.

—Ahora, padre, continuó la doncella cuando se hubo persignado, si quieres venir, la cena está presta.

El anciano siguió á su hija, no sin dirigir nuevas miradas al magnífico panorama, ya semi envuelto en sombras, de aquellas nubes que, semejantes á un inmenso paño mortuorio, una mano invisible tendía de occidente hacia oriente. De tiempo en tiempo, un relámpago precursor rasgaba velozmente toda aquella superficie sombría, y dejaba al descubierto, á lo lejos, un depósito de llamas, mientras algunas bocanadas de viento, que la gente oía pasar por encima de sus cabezas sin sentir las aún, iban á agitar las cimas de los castaños, cuyas ramas inferiores parecían estar muertas hasta en sus hojas más diminutas, tan inmóviles permanecían. Una vez á la puerta, Adán se detuvo un instante en el umbral y prestó oído atento; al occidente empezaba un rumor sordo, pero tan lejano todavía, que era imposible adivinar si provenía del cielo ó de la tierra. El anciano conoció la potente voz de la naturaleza, la cual, en el momento del peligro, previene á sus hijos para que busquen un abrigo contra la destrucción.

Ante aquel espectáculo solemne, el maestro había olvidado por un instante que hacía veinticuatro horas estaba en ayunas; pero una vez cerrada la puerta y al hallarse delante de la cena, su imaginación descendió á ideas más terrestres. La vieja Babilana había desplegado todo su talento culinario, y probablemente la mesa del prior mismo estaba, aquella noche, menos suculentemente servida que la de su pintor; de modo que Adán, que era una feliz mezcla de exaltación y de materia, olvidó lo que ocurría fuera para entregarse en cuerpo y alma á lo que iba á pasar dentro. Cierto es que en el fondo de su satisfacción gastronómica quedaba un resto de pesar por su borrado fresco y cierto temor de que Bombarda estuviese en camino; pero tan buen punto hubo trasegado en su estómago el primer vaso de vino, tan pronto hubo llevado á la boca la primera tajada, parecióle tan importante, según toda probabilidad, la obra á

que acababa de dar comienzo, que se dió á ella por completo.

Interin, el rumor del trueno iba aproximándose cada vez más, nuncio de una de esas tempestades meridionales de que no podemos formarnos cabal idea hasta tanto no las hemos oído rugir sobre nuestras cabezas. El viento había amainado y ahora pasaba al ras del suelo cual si hubiese querido desarraigar todo cuanto sobresalía de la superficie de éste. De vez en cuando la pobre cabaña, sacudida por aquellas ráfagas, retemblaba desde los cimientos al tejado, y entonces Gelsomina dejaba el vaso ó el tenedor, y asiendo la mano de su padre, le miraba con terror infantil que el anciano disipaba apoyando los labios en la frente de la doncella. Por lo que respecta á Babilana, comía con la descuidada glotonería de la vejez, dándosele un camino de la tempestad.

De improviso y al través de las mal unidas tablas de la contraventana vióse brillar un relámpago, seguido de un estrépito tan formidable, repentino y cercano, que esta vez Gelsomina no se contentó con asir la mano de su padre, sino que se arrojó sobre el pecho de éste, pálida y temblorosa.

—Es un relámpago, dijo Adán estrechando á su hija entre los brazos.

—Es un relámpago, repitió Babilana.

—No, no es un relámpago, dijo Gelsomina.

En efecto, el rayo, como para dar razón á la muchacha, dejó oír uno de esos fragores que recorren todo el firmamento y sobrepujan tanto el ruido que Adán y los suyos acababan de oír, como el mugido del mar supera el murmurio de un arroyo. Al mismo tiempo, una tromba de viento envolvió la cabaña en sus senos, gimió la techumbre y crujieron las contraventanas. El pintor mismo empezó á no tenerlas todas consigo, y Gelsomina dió un grito al que pareció responder quejumbroso el espíritu de la tempestad. En aquel instante se abrió la puerta, y preci-

pitóse en la cabaña un hombre pálido, con la cabeza al aire y el traje teñido en sangre.

—¡Soy Marco Brandi! exclamó, sálvenme ustedes.

Á semejante aparición, á tal grito de angustia, á este llamamiento á su humanidad, Adán olvidó la tempestad; y suponiendo que el que reclamaba su protección era perseguido de cerca, en vez de perder tiempo en responder, tendió el brazo hacia el cuarto preparado para su hijo, en cuyo cuarto se metió apresuradamente el bandido con ese veloz instinto de la conservación que calcula de una sola mirada qué hay que temer ó esperar. Marco había visto que, lejos de temer, podía esperar todo.

Dicha visión había pasado tan rápida, que aquellos á quienes aparaciera pudieron haberlo tomado por un efecto de su imaginación, si la puerta por la cual penetrara el bandido no hubiese quedado abierta. Á la luz de un relámpago vió entonces la familia del pintor pasar á escape un pelotón de jinetes que seguían el camino que conducía de la montaña á Nicotera. Gelsomina corrió entonces á cerrar la puerta, pues por rápido que hubiese sido el paso del bandido, la joven había tenido tiempo de ver que era un gallardo mozo de veinticinco á veintiocho años; el cual, con todo y huir, conservaba esa fiera salvaje que indica en el semblante del hombre ó del león, que cede, no al miedo, sino al número. Á la pobre muchacha, que reuniera todas sus fuerzas para llevar á cabo la acción que acababa de ejecutar, apenas hubo cerrado la puerta, se le doblaron las piernas y tuvo que apoyarse en la pared para no dar consigo en tierra. Adán, al ver que su hija iba á desfallecer, acudió á sostenerla; pero un nuevo incidente devolvió las fuerzas á la doncella y atrajo su atención.

Otra tropa, al parecer compuesta de infantes, se encaminaba hacia la casa, mientras Gelsomina y Adán escuchaban con ansiedad el cada vez más cercano rumor que producían sus pasos. No cabía duda, un

grupo de hombres numeroso avanzaba hacia la puerta de la morada del pintor, á la cual uno de ellos llamó con la culata de su fusil.

—¿Quién va? preguntó Adán.

—Abre, respondió una voz.

—¿Á quién?

—Á un desdichado que habrá perecido antes de llegar á Nicotera si no te apiadas de él.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Acaba de ser asesinado por Marco Brandi.

Gelsomina se estremeció, miróla su padre, y los dos vacilaron.

—Abra usted, padre, soy yo, dijo una voz moribunda.

—¡Bombarda! exclamaron á un tiempo la joven y el anciano.

—¡Mi hijo! murmuró Babilana levantándose temblorosa y apoyándose en la mesa con ambas manos para no caerse.

Adán abrió la puerta, por la que penetraron gran número de gendarmes que llevaban en brazos á un joven que ostentaba el uniforme de la artillería real, quien había recibido una ancha herida en mitad del pecho, por la cual salía un caño de sangre. El anciano se tornó lívido al ver el ensangrentado cuerpo de su hijo, y Gelsomina cayó de hinojos. En esto, los jinetes que habían pasado retrocedieron al ver á la luz de un relámpago, que el camino estaba solitario.

—Maestro, dijo el cabo que mandaba el pequeño escuadrón, ¿has visto por ventura un joven de veinticinco á veintiocho años, de larga y negra cabellera y patillas corridas, que debe estar herido? Si le has visto, dílo sin tardanza, pues es el matador de tu hijo.

Por los labios del desventurado padre vagó una sonrisa de venganza, y ya éste iba á abrir la boca para hablar, cuando Gelsomina dió una gran voz. Adán volvió entonces los ojos hacia su hija, y la vió

de rodillas, con las manos juntas y mirándole con expresión de indefinible angustia.

—Á nadie he visto, dijo el anciano.

Y tomando en brazos á su hijo, le llevó al cuarto frontero del en que ocultara á Marco Brandi.

V

EL COMENDADOR

Seis semanas después del acontecimiento que acabamos de referir y poco más ó menos una hora después del toque del *Ave Maria*, el cabo Bombarda y Marco Brandi salían, cogidos del brazo, de la casa del maestro Adán, el uno para ir á incorporarse á su regimiento y el otro en demanda de su pandilla: el primero, para solicitar su licencia; el segundo para presentar su dimisión.

Dejaremos al valiente cabo, con quien nuestros lectores han trabado ya conocimiento, que siga tranquilamente su ruta hacia Mesina, y seguiremos á Marco Brandi camino de Cosenza.

No era éste uno de esos poéticos bandidos que Nodier nos pinta en Juan Sbogar ó cual nosotros mismos le hemos presentado en Pascual Bruno. La sociedad no había cometido para con él, personalmente, una de esas grandes injusticias que empujan al hombre de la ciudad hacia la montaña. Pura y simplemente había nacido bandolero, y heredado de su padre la jefatura de una pandilla, en las circunstancias que exponemos de seguida:

Plácido Brandi era jefe de una de tantas bandas organizadas en 1806 en la Calabria para luchar contra la ocupación francesa, y durante seis ó siete años

luchó en pro del rey; pero una vez concluida la guerra y en vista de que á éste al parecer le ocupaban otros pensamientos que el de recompensarle, decidió continuarla de su cuenta y riesgo. Valiente á toda prueba, y fieles y aguerridos los hombres de su mando, resolvieron éstos, de común acuerdo, compartir la próspera ó la adversa fortuna de su jefe, por lo que Plácido Brandi se encontró pronto al frente de una de las pandillas más temibles de que en tiempo alguno se hubiese oído hablar desde el cabo Spartivento hasta el golfo de Salerno.

La injusticia de que para con él se hiciera culpado Fernando le había agriado el carácter. Plácido había visto á hombres que por la causa real no hicieran sino seguir la corte á Sicilia y allí pasado ocho años en hombrearse con los ingleses, siendo así que su graduación militar les imponía la obligación de guardar otra conducta, regresar á Nápoles para recibir en ella todas las recompensas á que otros se hicieran acreedores, mientras aquellos cuya sangre cubría aún el camino que Fernando siguiera para sentarse de nuevo en el trono permanecían menospreciados y proscritos. De ello se siguió que Plácido Brandi, que había jurado odio encarnizado á los franceses, continuara este odio á los uniformes napolitanos, y que no hiciese sino una suspensión de armas durante la cual cambió de enemigos. Algo era algo, pues Plácido prefería habérselas con los esbirros de Fernando á no tenerlas con los cazadores de Joaquín.

Brandi entró, pues, en *funciones*, con la formalidad que el caso requería. Sus relaciones con los habitantes no experimentaron alteración alguna; sólo juró odio profundo á los militares. Sin embargo, como los uniformes son, de todos los trajes, los que menos provistos van de dinero, de tiempo en tiempo se veía obligado á tomarlo á los viajeros; y como los ingleses empezaban á ir á Sicilia por tierra, lo que no podían hacer en tiempo de la dominación francesa, se desqui-

taba en algún nabab ó en algún noble lord de las expediciones infructuosas que llevaba á cabo por cuenta de su odio personal.

Por desgracia, como no existe general, por hábil que sea, que en su vida no incurra en una falta de que no se pueda aprovechar su adversario, Plácido, en una contramarcha mal dispuesta y en la que no llevaba consigo sino tres ó cuatro hombres, se vió cercado por una compañía entera, de la que se defendió heroicamente con todo y ser inútil la defensa; pero sucedió lo que no podía dejar de suceder, esto es, que después de una lucha desesperada en la que perecieron sus tres parciales, él fué hecho prisionero. Los vencedores recibieron una recompensa proporcionada al servicio prestado: el teniente que mandaba la fuerza, ascendió á capitán, á alféreces los sargentos, á sargentos los cabos, y los soldados á esta última graduación.

Provisionalmente condujeron al bandido á Cosenza; y decimos provisionalmente, porque según una disposición del código napolitano, el proceso del criminal debía instruirse en el sitio mismo donde se había cometido el crimen.

Cuanto á los pecadillos que Brandi cometiera respecto de los franceses, pasáronlos por alto las autoridades: sólo iban á exigirle cuenta de sus fechorías desde la restauración de Fernando. Aquél, pues, no tenía por qué quejarse.

Plácido declaró no tener sobre su conciencia muerte alguna cometida de unos cuatro años á aquella parte, es decir precisamente desde algunos meses después de su entrada en funciones. La víctima era un coronel napolitano que regresaba de Sicilia, donde estaba de guarnición, y atravesaba la Calabria en dirección de la Capitana; y como el hecho había acaecido entre Mileto y Monteleone, Brandi fué trasladado á Monteleone desde Cosenza.

El proceso duró seis meses, al fin de los cuales

Plácido tuyo que escuchar su sentencia de muerte.

Al día siguiente de la fatal lectura, Brandi mandó á llamar al escribano, y mandóle á llamar porque acababa de acordarse en aquel mismísimo instante de que un año después del primer asesinato había tenido la debilidad de cometer otro en la persona de un inglés que se encaminaba de Salerno á Brindisi, á quien quitara la vida entre Tarento y Oria. Esta declaración anuló el primer fallo, y, á consecuencia de ella, el bandido fué conducido de Monteleone á Tarento.

Abrióse el segundo proceso; pero como esta vez el culpado se las hubo con jueces más activos, la instrucción sólo duró cuatro meses, al cabo de los cuales recayó sobre él igual sentencia que la primera vez.

La víspera de la ejecución compareció un fraile en la cárcel para preparar á bien morir al criminal, quien se sintió tan conmovido, pese á la dureza de su corazón, ante la unción verdaderamente evangélica con que le hablara el ministro de Dios, que con arrepentimiento de maravilloso augurio para la salvación de su alma, confesó que un año después del segundo asesinato había tenido la mala suerte de cometer otro, del que fué víctima un rico comerciante maltés cuyo buque estaba anclado en el puerto de Mesina, y que el lugar donde sucumbiera á tan funesto pensamiento, era un sitio distante tres leguas de Reggio. Como tal secreto era demasiado grave para que el sacerdote no pidiese á su paciente el permiso de revelarlo, así lo hizo, contestándole Plácido que estaba pronto á sufrir, en expiación de sus pecados, todas las pruebas á que Dios tuviese á bien someterle. De consiguiente, el fraile se encaminó á casa del gobernador de Tarento y le refirió el asesinato del mercader maltés con tales menudencias, que era imposible toda duda. El gobernador ordenó, pues, que se suspendiera la ejecución, y Plácido fué embarcado en Brindisi, custodiado por una buena escolta, y ocho días después desembarcado en Reggio.

Todos se acordaban aún de la desaparición del personaje que Plácido confesaba haber asesinado. No obstante, como los habitantes de Reggio son, en su mayoría, comerciantes ó marinos, algunos de los testigos necesarios para llevar adelante el proceso se encontraban ausentes, por lo que el tribunal se vió obligado á aguardar su regreso y á recibir parcialmente las declaraciones á medida que iban llegando; circunstancia que prolongó la sustanciación de la causa, que duró un año y terminó, como las dos anteriores, en una sentencia de muerte.

Plácido se preparó para hacer un fin digno de un cristiano, por lo que desde el día en que le leyeron la sentencia hasta el de la ejecución ayunó y oró constantemente; así es que el sacerdote que acudió para prepararle á bien morir le halló en estado de contrición perfecto. El santo varón se pasó toda la noche cantando las letanías de la Virgen con su paciente, y por mucha que fuese su fatiga, no quiso, á la mañana siguiente, ceder su sitio á otro, á fin de gozar por sí solo de la gloria de semejante conversión. Plácido se puso en camino, acompañado de la ciudad en peso, haciendo detener de tiempo en tiempo á su asno para dirigir al público algunas palabras edificativas. La muchedumbre, al escucharlo, lloraba y se golpeaba el pecho. Por fin Brandi llegó á vista del patíbulo, y deteniéndose por última vez empezó una alocución por tal modo patética, que en torno de él no se oían sino ayes y sollozos. De improviso, empero, interrumpió su discurso cual si un recuerdo súbito é inesperado se le hubiese acudido á la mente, visto lo cual por los circunstantes, éstos empezaron á gritar que continuase.

—¡Ay! hermanos míos, exclamó Plácido Brandi, soy un miserable pecador indigno de vuestra compasión, pues creéis conocer todos mis crímenes y ahora recuerdo que no ocho días antes de mi arresto maté inhumanamente á un infeliz buhonero dalmata que

había salido de Boggiano después del *Ave Maria* con la esperanza de pernoctar en Castrovillari. Ya veis cuán poco acreedor soy á vuestra compasión. Abandonadme, pues, como lo merezco, á la cólera divina.

En pronunciando estas palabras, Brandi se echó á llorar de una manera tan lamentosa, que todos los presentes pidieron al cielo les concediese la gracia de hacer una muerte tan digna. Desgraciadamente para la salvación del reo, que estaba asegurada de haberlo ahorcado en disposiciones semejantes, entre la muchedumbre se encontraba un juez, quien, al oír la nueva confesión del condenado, intimó á los guardias que no diesen un paso más adelante, sino que por el contrario condujesen de nuevo á Brandi á la cárcel. El bandido resistió con todas sus fuerzas á semejante orden y á grandes voces pidió que le dejaran morir. No hubo, pues, otro remedio que echar mano de la violencia para restituirle al calabozo, y cuando en él, quitarle todos los objetos con cuyo auxilio podía darse la muerte. Gracias á estas precauciones, los gendarmes tuvieron la satisfacción de hallarle, á la noche siguiente, lleno de vida, al ir por él con objeto de trasladarle de Reggio á Castrovillari.

Ya en esta última población, el tribunal pudo convencerse de la veracidad de la declaración de Plácido Brandi, pues hallóse el cadáver en el mismo sitio que él designara. Esta circunstancia, que demostró la buena fe del culpado, abrevió la duración del proceso, que á los tres meses y doce días fué fallado, condenando, como la tercera vez, á muerte al bandido.

Con grande admiración de todo el mundo, Plácido no demostró ahora la misma resignación que en las ocasiones precedentes, y aun estuvo arrebatado para con su carcelero y distraído para con su confesor. Por fin, llegada la hora de emprender el camino del patíbulo y cuando el verdugo le estaba vistiendo el traje en que debía morir, se aprovechó del instante en que éste lleno de confianza, acababa de dejarle libres las

manos, para echarle la zancadilla y precipitarse hacia la puerta, que estaba entornada. Desgraciadamente para el fugitivo, en el corredor se encontraban dos gendarmes, los cuales le cerraron el paso con sus fusiles y le obligaron á meterse de nuevo en su calabozo y á dejar que terminasen su tocado.

Llegado el momento de la partida, Plácido, que estaba visiblemente turbado, se subió sobre un asno, de espaldas á la cabeza de éste, y avanzó á reculones, seguido de la hermandad de penitentes de la cual le habían hecho vestir el hábito. Los hermanos llevaban el ataúd en el que debía ser encerrado el reo y cantaban el oficio de difuntos, lo que es menester confesar que nada tenía de recreativo para los ojos ni para los oídos de Brandi. El público esperaba que éste interrumpiría su marcha con alguna de sus elocuentes peroratas, cual hiciera en la última ceremonia en que había desempeñado idéntico papel; pero quedó engañado: Plácido no abrió la boca sino para quejarse de la rapidez de su cabalgadura; y es que no teniendo ya más que declarar, había dejado de ser el mismo hombre.

Al llegar al pie de la horca, el confesor abandonó el reo al verdugo. Plácido besó por última vez el crucifijo, y subió con bastante serenidad la escalera, si bien se echaba de ver que no le sostenía sino la voluntad moral, esa voluntad que hace que un hombre valiente muera como tal en público. Una vez en lo alto de los travesaños, Brandi paseó en torno de sí la mirada; pero cuando desde el elevado sitio en que se encontraba vió el gran número de tropas convocadas á la ceremonia, comprendió que su pandilla, por muy fiel que le fuese, no podía exponerse á semejante lucha. Entonces pasó algo extraño en él; apoderóse de su cerebro el vértigo, parecióle que todo giraba bajo sus pies; que el cielo se ennegrecía, y la tierra se cubría de llamas; que estaba suspendido sobre un abismo donde millares de demonios de encendidos

ojos le estaban aguardando. Quiso gritar, pero helósele la voz en la garganta, y zumbáronle los oídos cual si su cabeza se hubiese convertido en badajo de campana. Desesperado, por medio de un esfuerzo sobrehumano rompió las ataduras que le sujetaban los brazos, pero no hallando apoyo alguno, sus manos azotaron el vacío. Quiso pensar en Dios y clamar su ayuda, pero antes que su cerebro hubiese podido reunir los elementos necesarios para formular un pensamiento, perdió la vista y el sentimiento. El verdugo se había aprovechado delicadamente del segundo durante el cual el reo paseara á su alrededor la mirada para echarle el lazo al cuello. Plácido estaba ahorcado.

Los penitentes se abalanzaron en seguida al patíbulo para apoderarse del cadáver, que les pertenecía desde el instante mismo en que el verdugo bajara por la escalera; pero como dió la casualidad de que ninguno de ellos llevaba cuchillo, unos levantaron el cuerpo por los pies mientras otros desanudaban la cuerda. Tan pronto el ahorcado estuvo en su poder, le tendieron con gran cuidado en el ataúd y se lo llevaron en hombros hacia la comunidad, seguidos del verdugo y de los dos ayudantes y del asno de aquél. Apenas habían avanzado un centenar de pasos, los que llevaban el ataúd creyeron oír un gruñido sordo que de éste partía; pero como ninguno de ellos comunicó su observación al compañero, continuaron adelante. Pronto al gruñido siguió una tos ronca, bastante fuerte, sin embargo, para que los seis conductores se detuviesen instantáneamente y quedasen inmóviles cual cariatides. Á poco y exactamente como si hubiesen obedecido á una voz de mando, dejaron aquéllos caer en tierra la caja mortuoria, de la que salió rodando por los suelos el cadáver, que hizo algunas contorsiones y muecas cual hombre que se hubiese tragado una espina. No cabía duda, Plácido Brandi había sido descollgado á tiempo.

Tal creyó el verdugo, quien, tirando al punto del puñal que los de su oficio llevan siempre para rematar al reo en circunstancias parecidas, se abalanzó al resucitado, que había recobrado ya lo bastante el uso de la razón para hacerse cargo del peligro, si no la fuerza suficiente para evadirlo. Entonces, empero, le llegó al pobre diablo un socorro inesperado; los penitentes se interpusieron entre él y el verdugo, pretendiendo que pues Plácido había sido ahorcado, la justicia quedaba satisfecha, y no pertenecía ya á los hombres, sino á Dios. Insistió aquél, obstináronse los penitentes; el primero llamó en su auxilio á sus ayudantes; alinéáronse los otros delante de su protegido; el cual, habiendo conseguido recobrar su centro de gravedad, se había incorporado y se estaba frotando los ojos para llamar á sí sus recuerdos. Empezó la lucha, por una parte con el encarnizamiento de la venganza, por la otra con la abnegación de la caridad; los unos gritando, cantando los otros; aquéllos llamando al diablo en su ayuda, éstos suplicando á Dios que les protegiese. En una palabra, era imposible prejulgar por quién quedaría la victoria, cuando Plácido, recobrado del todo, creyó que sería cosa muy fea permitir que unos santos varones como eran sus defensores se expusiesen de tal suerte para salvarle, mientras él, tan directamente interesado en la resolución del negocio, les estaba mirando con los brazos cruzados. Así, pues, asió de la cruz que llevaba el monaguillo de coro, y abriéndose paso en medio de los combatientes, atizó con su arma bendecida tan terrible golpe en la cabeza del verdugo, que éste cayó en tierra como cae un buey herido de una mazada. Los dos bandos prorrumpieron en una gran voz al ver que, contra lo que hasta entonces sucediera, el reo había matado al ejecutor de la justicia. Los ayudantes echaron á correr despavoridos, y los penitentes se llevaron en triunfo á Plácido, cantando á voz en grito el *Gloria in excelsis Deo*.

Este sucedido dió tela para un quinto proceso; pero éste se instruyó por contumacia. Cuanto á Plácido, no había querido separarse de sus buenos amigos los penitentes, y como la iglesia de éstos gozaba del derecho de asilo, le dispusieron en la iglesia un pequeño aposento provisional en el que el bandido se hallaba á las mil maravillas, en comparación del que iba á ocupar.

Brandi fué condenado á muerte por quinta vez; pero era tan singular el caso, que el tribunal envió el proceso á Fernando para que éste resolviera. El rey tomó las cosas por el lado cómico, y no queriendo exponerse á quebrantar su poder real contra un hombre tan evidentemente protegido por el poder divino, absolvió plena y enteramente á Plácido Brandi, con tal que abandonase su gavilla y se retirase á Cosenza para vivir en ella lo más honradamente que le fuera posible. Tan en lo justo le parecieron al bandido semejantes condiciones, que las aceptó sin peros, y asegurándose antes de que la absolución era legal y verdadera, abrazó á sus buenos amigos los penitentes y partió alegremente para el lugar de su destino.

En la época que ocurren los hechos que vamos historiando, Plácido Brandi vivía honrosamente en Cosenza, sin que de su colgamiento le quedase sino la señal de la cuerda alrededor del cuello; pero como semejante marca simulaba el segundo grado de la orden de San Javier, por lo general apellidaban á Brandi *el Comendador*.

VI

EL BANDIDO POR DERECHO DIVINO

Como quien usa de un derecho indiscutible, Marco Brandi, al ser reducido á prisión su padre, ocupó la jefatura de la pandilla de éste. Era pues, como ya hemos dicho, no un jefe por elección, sino un heredero legítimo, un bandido por derecho divino.

Marco Brandi, libre como todo montañés y valiente como hijo de la Calabria, hacía un buen capitán de bandoleros; pero ejercía su profesión como se ejerce cuando se la aprende desde la infancia, como un oficio, no como un arte, con conciencia y lealtad, mas sin entusiasmo.

Apenas hubo llegado á oídos de Marco el modo milagroso cómo su padre escapara de la muerte, á favor de un disfraz había conseguido llegar hasta él y ofrecídole resignar en sus manos el mando que ejerciera en calidad de interino. Plácido, empero, impúsole de las condiciones mediante las cuales alcanzara su absolución, y al mismo tiempo que le dió los consejos que le dictaba su larga experiencia, le participó la resolución que de retirarse definitivamente de los negocios había tomado. Así, pues, Marco Brandi se reunió de nuevo con los suyos, repartió á prorrata el fruto de sus rapiñas, y remesó al antiguo jefe, en una letra contra el banquero más acreditado de Cosenza, la parte que le correspondía durante el tiempo de su gestión, añadiendo la suya propia, con recomendación á su padre de que la colocase con las condicio-

nes más ventajosas que fuese posible, á fin de que le quedase este recurso siempre y cuando se le antojase tomar también el retiro.

Tomadas dichas disposiciones, Marco había continuado sus expediciones por la montaña con gran satisfacción de sus compañeros; los cuales, no viendo comparativamente á ellos, en Marco Brandi un hombre de superioridad abrumadora, tal vez le respetaban menos, pero le querían más. Así es que aquellos bandidos habían experimentado profundo terror cuando, tres años antes, su jefe, como ya hemos expuesto, estuvo á pique de caer en las garras de la justicia, no debiendo su salvación sino á haber trepado la pared del jardín del convento, donde sor Marta le había alimentado durante todo el tiempo que permaneciera oculto. Sometiéronse, pues, sin murmurar á las condiciones impuestas por la Madona, aunque éstas les desterrasen por espacio de tres años del verdadero centro de sus operaciones, y se retiraron á la distancia convenida, dedicándose desde entonces á recorrer el resto de la Calabria.

Tres días hacía que venciera el plazo, cuando los bandidos regresaron al antiguo teatro de sus glorias, alegres todos ellos, ya que los unos tenían sus relaciones de amor, otros su familia, quien sus amistades, en Scilla, Monteleone ó en el Pizzo. Aquí se consideraban en su casa; toda otra tierra era para ellos un destierro.

La noche de la tempestad, aquellos honrados sujetos se encontraban tranquilamente reunidos en una casa situada á pocos pasos de la carretera, celebrando su regreso con el vaso en la mano, cuando Marco Brandi, al salir por acaso á la puerta, vió al cabo Bombarda, quien, conforme escribiera á su padre, se encaminaba á la morada paterna para pasar con los suyos los días de licencia que le habían concedido. Marco Brandi, que heredara de su progenitor el odio á los uniformes, de encontrarse en ayunas tal vez se

hubiera contentado con despreciar al joven artillero; pero se le habían subido á la cabeza algunos vasos de moscatel calabrés, y esto fué causa de que se empeñara en no dejar que el viajero acabase tranquilamente su etapa. Tomada esta resolución, el bandolero se encaminó hacia la carretera, y colocándose al lado del cabo, adaptó su andar al de éste.

Transcurrido un instante de silencio, que ambos jóvenes lo consagraron á observarse mutuamente, Marco Brandi midió con una mirada de pies á cabeza á Bombarda, y dijo:

—¿Es usted militar?

—Así parece, respondió el cabo atusándose el bigote.

—¿En qué cuerpo sirve usted? continuó el bandido.

—En la artillería á pie, replicó el militar con acento que demostraba la superioridad que sobre los demás daba á este regimiento.

—¡Vaya un cuerpo! repuso Marco Brandi, prolongando desdeñosamente el labio inferior.

Hubo un instante de silencio, durante el cual el cabo Bombarda pareció reflexionar profundamente en lo que acababa de oír; luego, como si no hubiese comprendido las palabras que aquél pronunciara, repuso:

—¿Dice usted?

—¡Vaya un cuerpo! digo, continuó con la misma flemma su interlocutor.

—¿Me hace usted el favor de decirme por qué, señor curro? preguntó el cabo.

—Porque es un cuerpo que hace más humo que fuego, más ruido que labor. Y ¿qué grado tiene usted en la artillería?

—Soy cabo, respondió Bombarda con aire que indicaba la convicción de que su posición personal iba á realzarle á los ojos de su compañero de viaje.

—Pobre grado, murmuró Marco Brandi prolongando, esta vez, los dos labios en señal de desdén.

—¡Cómo pobre grado! exclamó el joven militar

dudando todavía que un hombre se hubiese propasado á pronunciar delante de él semejantes palabras.

—Y ¿qué duda tiene? repuso Marco Brandi; ¿no conoce usted el proverbio que dice *que para hacer un cobarde se necesitan diez y ocho cabos?*

Aun el bandido no había acabado de pronunciar esta frase, cuando el artillero tenía ya el sable en la mano.

—¿No te lo decía yo? exclamó Marco Brandi retrocediendo un paso; ves que voy desarmado y no obstante tiras del sable.

—Tienes razón, repuso el artillero envainando de nuevo el acero; pero llevarás cuchillo, ¿no es eso?

—¿Acaso va nunca sin él un calabrés? respondió Marco sacando del bolsillo de sus calzones el instrumento aludido.

—¡Bien! dijo el cabo siguiendo su ejemplo. ¿A cuántas pulgadas nos batimos?

—Á toda la hoja, respondió el bandolero; así no habrá modo de hacer fullerías (1).

—Enhorabuena, dijo el artillero poniéndose en guardia.

—Escucha, añadió su adversario, ¿quieres que ahora te diga unas palabritas para darte ánimo si de él careces? Pues si me matas van á hacerte sargento.

—¿Y eso?

—Porque soy Marco Brandi.

—¡En guardia! dijo el artillero.

(1) Para comprender esta provocación, precisa saber que en Calabria y en Sicilia los duelos se efectúan comúnmente á navaja; lo único que hay es que según la gravedad de la ofensa ó la intensidad del odio, los contendientes se batan á una, dos ó tres pulgadas, ó á toda la hoja. En los primeros casos, los duelistas cogen entre el pulgar y el índice el acero á la distancia indicada, de modo que los dedos sirven de guarnición é impiden que el cuchillo penetre más de lo pactado.

—Defiéndete, repuso el bandido.

Ambos jóvenes se embistieron, animados de una de esas rabias de tigre propias de los meridionales. El espectáculo de aquel duelo á navaja, en medio de la carretera iluminada por los relámpagos y acompañado del fragor del trueno, debió ser terrible; pero como no lo presenció testigo alguno, nadie puede decir lo que pasó. Lo que hubo fué que una tropa de gendarmes que se dirigía de Reggio á Cosenza, vió, en el instante en que doblaba el recodo de la carretera, un hombre que caía en tierra profiriendo un grito, al tiempo que otro hombre emprendía la fuga al reparar en los jinetes; los cuales, sospechando que acababa de cometerse un asesinato, hicieron fuego. Marco Brandi, alcanzado por una bala y desesperando de poder refugiarse en la montaña, buscó amparo en la primera casa que halló en su camino. Ya hemos visto por qué acaso fué la del padre del desventurado Bombarda la en que el bandido pidiera hospitalidad, y cómo el anciano, en el primer impulso de su desesperación, le hubiera sin duda entregado á los que le buscaban á no ser el ruego tácito, pero expresivo, de Gelsomina.

Era menester todo el amor que Adán sentía por su hija para que de tal suerte ahogara el grito paternal que clamaba venganza desde lo más hondo de su corazón. Pasado empero el primer instante de lucha, estuvo á la vez sublime de grandezá y de simplicidad. Las heridas eran graves: por espacio de tres días Marco Brandi y el cabo Bombarda estuvieron si se mueren no se mueren, y durante dichos tres días el anciano rogó por la salud del matador y la de la víctima, en tanto que, colocada entre los dos moribundos, tendidos en un cuarto mismo, Gelsomina velaba como el ángel de la esperanza y de la resignación. Por lo que hace á Babilana, de la aventura ocurrida no había comprendido sino que en su casa gemían dos heridos, para los cuales se puso á labrar hilas y

vendajes. Sin embargo, como uno de los heridos era su hijo, de vez en cuando y sin interrumpir su trabajo se enjugaba una lágrima con el revés de la mano.

En Nicotera no había más cirujano que una especie de barbero, charlatán, pero crédulo, á quien dijeron que los dos jóvenes regresaban juntos cuando se vieron atacados por la pandilla de Marco Brandi, que los dejó por muertos en medio de la carretera; y como el destacamento que persiguiera al asesino había continuado su camino hasta Cosenza, en la persuasión de que el bandolero se encontraba ya otra vez entre los suyos, en la aldea nadie supo lo que en realidad había pasado. Aun los mismos dos heridos tardaron largo tiempo en comprender por qué se encontraban juntos. El barbero había recomendado el silencio á los enfermos, y en cuanto Brandi quería hablar, Gelsomina le cerraba la boca con la mano, á cuya imposición, que era muy dé su grado, el bandido se callaba con bastante docilidad. Cuanto á Bombarda, su hermana obraba en él igual efecto sin necesidad de emplear el mismo medio; bastábale llevar un dedo á los labios. Entonces la joven descendiente de los griegos, esbelta, graciosa y noble como sus antepasadas, parecía, al tomar esta actitud, la estatua del Silencio hallada en alguna excavación de Herculano ó de Pompeya.

Por fin permitieron á los heridos que hablaran en voz baja: modo que también era muy del grado de Brandi. Para oír lo que éste decía, tan bajo hablaba, era menester que Gelsomina se inclinara hasta casi rozarle los labios con las mejillas. Con todo, por débil que fuese la voz de Marco, éste tenía siempre que contar algo interminable, que hacía marcado contraste con el cambio rápido de palabras que, en el lado opuesto del cuarto, se efectuaba entre el hermano y la hermana. Demás, el cabo Bombarda, aunque hubiese resultado el más gravemente herido, por uno de los singulares é incomprensibles caprichos de la or-

ganización humana, fué quien primero recobró la sonoridad de la voz, de lo que se aprovechó para preguntar al bandido, en ocasión en que Gelsomina les dejara solos, qué había ocurrido desde el instante en que él perdiera el uso de la razón. Marco Brandi, á quien no le asistía ninguna para hablar en voz baja al cabo, para responder á éste halló toda la fuerza de la suya. A su vez el artillero contó al bandido quién era el pintor su padre, y cómo su estado había ido desmejorando de día en día desde el lance de la Madonna. Marco Brandi observó que las desventuras sucesivas de aquella familia derivaban de él, y como era mozo honrado y de excelentes cualidades, resolvió repararlas en lo posible tomando por mujer á Gelsomina. Así, pues, tan buen punto ésta entró de nuevo en el cuarto y á pretexto de que la conversación que acabara de sostener en alta voz le fatigara, entabló con ella, en voz baja, uno de los coloquios más largos y animados que hasta entonces hubiese sostenido. Gelsomina, que no respondía á su interlocutor sino sonrojándose, de improviso y en el instante en que nada presagiaba que la conversación iba á dar fin, se salió del aposento disparada, y fué á echar los brazos al cuello de su padre, diciendo:

—¡Oh! padre, si no consientes de antemano en lo que voy á pedirte, ahí acabo mi vida.

El pintor escuchó la confesión de su hija como hombre que conoce la gravedad de una confidencia semejante; y aun cuando nunca sustentara la intención de contrariar á Gelsomina en su amor, ni su posición personal le permitiera ser exigente en materia de intereses por lo que respecta á la colocación de sus hijos, hizo algunas observaciones á la doncella acerca de la situación social de su futuro esposo, no porque la profesión de bandido no fuese honrosa y lucrativa, sobre todo, cuando, como Marco Brandi, se la había ejercido desde la infancia, sino porque ofrecía demasiadas probabilidades de dejar viuda á la

mujer. Gelsomina citó entonces á su padre el ejemplo de muchas jóvenes de las cercanías, que contrajeran alianzas parecidas y habían sido afortunadas; pero el anciano se mantuvo inflexible: para él el negocio no era asunto de preocupación, sino de previsión. Así es que por más que se afaná Gelsomina en recordarle al viejo Plácido Brandi, que llevaba una vida patriarcal en Cosenza, Adán la respondió que era una excepción, que todo había dependido de que una cuerda hubiese sido más ó menos consistente, y que no era prudente basar la dicha de la vida sobre semejantes posibilidades. Algo de real encerraban las palabras del pintor; así es que Gelsomina regresó al lado de su amante, á quien, y con menos despecho que hubiera podido creerse, comunicó la respuesta de su padre.

El cariz que tomaba el asunto dió mucho que pensar á Marco Brandi, quien, como ya hemos dicho, nunca sintiera entusiasmo por su profesión, si bien la había ejercido con honra y valor; pero como estas cualidades eran innatas en él, las hubiera aplicado á cualquier otra circunstancia de la vida en que se hubiese encontrado. Respondió, pues, Marco á Gelsomina, que respecto del particular no debía temer cosa alguna, toda vez que conociendo la razón que asistía á su padre, estaba pronto á sacrificar su profesión á su amor, con lo cual el anciano no opondría ya impedimento alguno, ya que de esto dependía su consentimiento.

—Lo que hay, continuó el bandido, es que me veré obligado á trasladarme á otra localidad donde no me conozcan tanto.

Por lo demás, la fortuna que Plácido Brandi había hecho prosperar para su hijo, unida á la parte que á éste le tocaba en el reparto con sus compañeros, no sólo le facilitaba todos los medios de traslado, por dispendioso y lejano que fuese, sino que le aseguraba, en cualquier parte que fijase su domicilio, no

diré una posición brillante, pero sí una existencia suave y tranquila, con lo que Adán podría pintar en todas las paredes blancas Madonas no milagrosas y almas irredimibles.

Esta proposición, en el estado en que las cosas se encontraban en semejante momento, era lo que más podía complacer al artista, pues se ajustaba perfectamente á sus planes para lo porvenir; así, pues, la aceptó con igual franqueza que se la hizo Brandi.

El bandido dió palabra de esposo á Gelsomina, y á Adán la de cumplir lo que le ofreciera, dando en prenda un beso á la una y un apretón de manos al otro.

Cuanto á Bombarda, imbuido de ideas más estrictas respecto del servicio militar por las reflexiones que le hiciera su compañero de cuarto, en su estado no veía ya sino una esclavitud sin porvenir, por lo que resolvió correr la suerte de su familia. Ahí porqué al cabo de seis semanas los dos jóvenes salían de la casa de Adán cogidos del brazo, el uno para ir á presentar su dimisión de jefe de bandidos, y el otro para trocar por la absoluta la licencia limitada de que disfrutaba.

VII

LOS TRES SUELDOS DEL COMPADRE MATEO

Lo que en primer término decidiera al pintor á salir de Nicotera para fijar en otra parte su domicilio, había sido su amor por Gelsomina, el cual le hacía considerar como imposible el separarse nunca de su